

Enseña, resiste, sueña y sostiene

Por Bibiana Papini. Docente de las escuelas: Primaria Nro. 1357, Media Nro. 1251, Normal Nro. 2 e ISP Nro. 24 del Departamento Rosario.

La irrupción de la pandemia en el ámbito educativo nos obliga una vez más a reinventarnos. La no presencialidad significa un desafío inédito en la escuela, lugar del despegue de la familia, de la inauguración de lazos fuera del entorno protector, de la construcción de ciudadanía. Procesos que estamos obligados a pensar ahora sin los cuerpos, sin compartir el espacio. En medio de la perplejidad, docentes y equipos directivos nos pusimos en marcha. Sin brújula, sin ensayo previo. Con pocos acuerdos y muchas incertidumbres improvisamos en un primer momento, hasta que comprendimos que no se trataba de un par de días. Entonces buscamos voces que nos guiaran: funcionarios e intelectuales del campo pedagógico que rápidamente comenzaron a generar sugerencias, a dar puntas para encarar el trabajo a distancia. A fines del milenio se auguraba un “cierre de la brecha”, que habría de producirse con la expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación. Hoy, en un contexto que nos exige mantener el contacto sin presencialidad, estamos en condiciones de decir que -lejos de cumplirse la promesa- las diferencias entre los incluidos y los excluidos se marcan con más nitidez, y que la brecha se muestra con crueldad y se acentúa si la propuesta es el trabajo en entornos virtuales. Ante esta realidad tan dispar, intentamos llegar a cada hogar por múltiples caminos, para que nadie quede afuera, para que nadie se nos suelte: copias, una urna para devolver los trabajos en la escuela cuando van a retirar el bolsón de alimentos o en un negocio del barrio, audios o videos muy cortos de ida y vuelta, mensajes por correo electrónico, grupos de whatsapp, cuadernillos. A pesar del tiempo y el esfuerzo, con algunas familias no lo logramos. ¿Y cuál es el objetivo? ¿Qué se pretende, si la verdad es que un niño de primer grado poco va a hacer sin ir diariamente a la escuela? ¿Cómo los van a evaluar? ¿Cuándo se vuelve y para qué? Los cuestionamientos sobran, el tiempo falta y hay cosas más importantes que justificar. Pero cuidado, no confundir: por aquí nadie cree que la virtualidad pueda reemplazar el encuentro físico. Nadie cree que la tarea se esté cumpliendo igual, que la educación sea igualmente efectiva. Quizás hoy, el virus esté enseñando más que la escuela, dejando cicatrices profundas. Como nos alerta Boaventura de Souza Santos, el planeta se queja contra el capitalismo globalizado, y lo hace produciendo dolor, porque de otra manera no podemos escucharlo. Tal vez tengamos que prepararnos para nuevos aislamientos en el futuro, y lo que hoy desplegamos sirva como experiencia. Trabajamos para la vuelta. Y esto conlleva resistencia: la escuela pública hoy resiste el huracán neoliberal que endulza los oídos asegurando que la virtualidad va a derribar la institución escolar que conocemos, acarreado innumerables beneficios colaterales, como un sistema más amplio, más económico, más accesible, que necesitará menos docentes para más estudiantes, más oportunidades para todos. La escuela pública propone igualdad, celebrando la diferencia. Humaniza, en tanto es encuentro y cruce de cuerpos que gestualizan, se desafían, se emocionan, se contienen entre sí, se ponen en diálogo en un tiempo y un espacio concretos. Encuentro que no se puede reemplazar por un entorno virtual, menos en las condiciones que están a la vista. En la escuela nadie se resigna al distanciamiento. La

escuela pública sigue en pie, aún en tiempos de pandemia. Sin seguridad en la puerta, alojando a todas y a todos con sus mochilas cargadas de sueños y de problemas. Con sus buenas y sus malas, con sus alegrías y sus angustias, con sus necesidades, su dolor, sus inquietudes y sus reclamos. La escuela pone la oreja, pone la mejilla, pone el cuerpo. El oficio nos convoca una vez más, y esta vez el esfuerzo está puesto en sostener, en mantener el vínculo, en la distancia. Hacer llegar una caricia, recibir una caricia. Estamos en un compás de espera.